

## Los míos

---

Jean Daniel

# Los míos

Traducción de  
María Cerdón Vergara  
y Malika Embarek López

**Galaxia Gutenberg**

***Círculo de Lectores***

---

*A Michèle, por supuesto.*



[...]

*Oh gentes que conozco  
Me basta con oír el ruido de sus pasos  
Para poder indicar para siempre la dirección que tomaron  
Y me bastan todos aquellos para creerme con derecho  
A resucitar a los demás  
Un día a mí mismo me esperaba  
Me decía Guillaume ya es hora de que vengas  
Y con lírico andar iban llegando aquellos que yo amo  
Y entre ellos no estaba yo  
Los gigantes cubiertos de algas pasaban por sus ciudades  
Submarinas cuyas torres solitarias islas eran  
Y aquella mar con las claridades de sus abismos  
Fluía sangre de mis venas y latir hace mi corazón  
Luego a tierra llegaban mil tribus blancas  
Y cada hombre en la mano una rosa llevaba  
Y el lenguaje que al caminar iban inventando  
De sus labios lo aprendí y todavía lo hablo  
Pasaba la comitiva y por entre ella buscaba mi cuerpo  
Todos los que iban llegando y no era yo mismo  
Uno a uno me traían los fragmentos de mí mismo  
Igual que se alza una torre poco a poco me erigieron  
Los pueblos se apiñaban y yo mismo acabé apareciendo  
Formado por todos los cuerpos y las cosas humanas*

*Tiempos idos, parecidos Dioses que me formasteis  
No vivo sino de paso como vosotros pasasteis  
Y apartando mi mirada de ese vacío futuro  
En mí mismo veo cómo todo el pasado crece*

*Nada hay más muerto que lo que no existe todavía  
Al lado del brillante pasado, incoloro es el mañana  
Y de forma carece también al lado de lo perfecto  
Reunidos muestra su esfuerzo y su efecto<sup>1</sup>*

1. Guillaume Apollinaire, «Comitiva», *Alcoholes. El poeta asesinado*. Edición bilingüe y traducción de José Ignacio Velázquez, Madrid, Cátedra, 2001.

---

## Prólogo

La necesidad de evocar a algunos de los seres que iluminaron mi camino me persigue desde que descubrí que me visitaban en sueños. He sido agraciado, pues, con el extraño don de vivir de nuevo con todos los que, al desaparecer, se han llevado consigo una parte de mi mismo. Así, me la devuelven. Me acompañan. Me apoyo en ellos para conjurar el miedo ante ese gran vacío que me dejará huérfano de toda protección. El afán de resucitarlos expresa a la vez consuelo y agradecimiento. De todos son conocidas las maravillosas palabras de Picasso a Matisse: «Cuando uno de nosotros se vaya, el que se quede ya no podrá hablar con nadie de ciertas cosas». Evocar a algunas de las personas que han contado en mi vida es el modo de seguir hablando con ellas. Ello explica mi ambicioso título: sean célebres o no, solícitos adversarios más que amigos, han contribuido a hacer de mí lo que soy y a todos los he considerado míos.

Me siento obligado a precisar que la dimensión inevitablemente hagiográfica de estos retratos no refleja en absoluto una posible confianza en el ser humano. En realidad, solo la admiración me ha ofrecido motivos para el optimismo. La vida no tiene más sentido que el que le dan los seres que amamos. Creo que la condición humana es carcelaria, aunque también nos ha sido dada una inmensa fuerza vital para romper de vez en cuando algunos barrotes de la prisión. Pero ni el respeto inalterable que tengo por la creación ni la predisposición hacia los momentos de felicidad y los placeres de los sentidos logran que olvide lo que el hombre está abocado a hacer al hombre ante la irónica mirada de los

dioses. Me gusta que el pensador que se entregó a los *Ejercicios de admiración*, E. M. Cioran, sea el mismo que sin cesar viajó al fin del pesimismo.

El único orden que preside estos textos es el momento de su inspiración. Unos proceden de noches pasadas con mis interlocutores. Otros, del día en que me abandonaron. Cuando se trata de un «adiós a los desaparecidos» me he tomado la libertad de corregir o matizar lo que el respeto al rito y al ceremonial exigió en su día. En ocasiones, he pasado al presente un texto escrito en pasado. Es uno de los caprichos que me he permitido.

La recopilación no refleja toda la variedad de gente que gracias a mi longevidad he conocido ni las bondades que he extraído de ello. Acepto que no hay nada más subjetivo, por no decir arbitrario, que la selección de textos aquí publicados sobre unas personas, o personalidades, que he convertido en personajes. En cualquier caso, he decidido evocar solo a los que ya no están entre nosotros. No quería correr el riesgo de perder la mirada, ahora infinitamente valiosa, de aquellos de los que me hubiera podido olvidar.

Esta edición del libro, publicado por primera vez en abril de 2009, ha sido revisada, corregida y enriquecida por dos capítulos, uno al principio, dedicado a la muerte de un teniente tunecino, el otro, a Claude Lévi-Strauss, cuyo fallecimiento me ha permitido manifestar mi deuda hacia él. Cuando llegue a las librerías estaré a pocas semanas de cumplir una edad para mí insólita, noventa años. Digo insólita pues me cuesta recordar lo que me evocaba cuando era más joven o simplemente menos anciano. Primero, porque no podía imaginar que los que se aferraban así a este mundo pudieran ser un día tan numerosos como me dicen que hoy lo son. Segundo, por mi dificultad, producto del hedonismo, de imaginar una vida en la que hubiera que renunciar a las largas caminatas, al amor, al baile y al deporte. Por último, porque pensaba que los demás juzgarían esta edad, bien como un logro atlético –y con razón–, bien como una insolencia fuera de lugar.

En realidad, he descubierto que si te olvidas de cómo te ven los demás evitas el dolor de envejecer. Mi curiosidad voraz no se ha visto alterada sino todo lo contrario. Diría incluso que la pasión con la que escucho música, leo o releo algunos libros, o contemplo algunos cuadros me procura una riqueza más completa que antes. Es evidente que debo renunciar o resistir a la tentación de hacer proyectos a un plazo demasiado largo. Pero como nunca he creído más que en el pasado (razón por la cual me entusiasma el poema de Apollinaire «Comitiva» y, naturalmente, el postfacio de Milan Kundera), el instante presente tiene para más peso y valor. ¿Habré aceptado quizá la vejez? ¡En absoluto! Sigue indignándome. Pero podemos alejar la idea de la muerte si el cuerpo no sufre.

Me doy cuenta de que, cada vez que he escrito un libro, la edad que tenía en ese momento era para mí un escándalo. En cierto sentido, me parece casi más natural tener ochenta y nueve años (todavía no he cumplido noventa) que tener cincuenta. Único superviviente de una numerosa tribu, a veces me reprocho no haber fundado la mía y, sobre todo, no haber sabido arraigarme en una casa «familiar» que dota a los que en ella se reúnen de una especie de inmortalidad colectiva. Los amigos, mientras están, sustituyen a los hijos, pero cuando uno de ellos desaparece, es una mutilación que acentúa la soledad, la fuerza con que empujan las nuevas generaciones y la dura prueba de la expulsión. De todas formas, creo haber superado esa mutilación y, tras escribir este libro, me siento, en cierto sentido, acompañado.



---

## Prefacio

Releo estos textos con una irreprimible sensación de algo incompleto. ¡Cuántos ausentes! No había más remedio. Pero no reconocer mi deuda con Stendhal, no hallar la forma de evocarlo, aunque solo sea a través de mis distintos homenajes, me hiere de pronto como una ingratitud. A decir verdad, otra cosa me atormenta aún más, y con ella deseo acabar este libro dedicado a las sombras familiares. Quiero hablar de música, una vez más de música, siempre de música. Cuando viajo, me preocupa no encontrar la ocasión de disfrutar de un momento musical, sea cual sea. De entre todos los monstruos inventados por la tecnología, y que poco a poco me excluyen de mi siglo, hay uno que he hecho mío: el I-pod.

Al principio de este libro, hablé de un amigo de la adolescencia que se llamaba Jean Bonneterre. Su medio social era superior al mío pero, alentado por mi hermana Mathilde que vigilaba de cerca mis compañías con una exigencia que rozaba el esnobismo, yo iba a su casa porque en su familia eran músicos o melómanos. Era la época en que descubríamos a las grandes cantantes negras, desde Billie Holiday a Ella Fitzgerald, o Mahalia Jackson y su *In the upper room*, los tiempos de Duke Ellington y, por supuesto, de Louis Armstrong. En mis oídos sigue resonando la melodía de *Nobody knows the trouble I feel, nobody knows but Jesus*. ¿Olvidar a Ray Charles? ¡Qué injusticia! Recuerdo algunas conversaciones. Mi hermana, dirigiéndose a uno de los Bonneterre, le decía que no había nadie por encima de Stravinski y de Ravel, y nos hacía escuchar *El pájaro de fuego* y

*Pavana para una infanta difunta*. Más tarde, yo añadiría la *Sinfonía concertante para violín y viola* de Mozart. Me he mantenido fiel a ella. Tuve la insensata tentación de dedicarle algunas páginas. No solo fue mi incompetencia lo que me disuadió (no sé descifrar una partitura), sino que, por haberla oído tanto, comprendí que cuanto más me gustaba más me intimidaba. Con el tiempo, recurrí a todas esas melodías que menciono aquí para enriquecer mis nostalgias.

No he evocado a Mathilde por casualidad. La acompañé hasta el final de su camino. En los últimos momentos, solo se expresaba con palabras asociadas a las principales etapas de su vida, y, al final, me apretó levemente la mano –al menos tuve esa sensación– y encontró la fuerza imprevisible de murmurar: «Te dije un día que por encima de todo estaba el amor. En realidad, para mí, incluso por encima del amor, estuvo la música...»

---

## Ella

El día en que a un maestro se le ocurrió pedirnos una redacción sobre «¿Cómo queréis a vuestra madre?», experimenté la primera rebeldía de mi infancia. Me sentía desconcertado, e incluso escandalizado, ante la posibilidad de que semejante pregunta se pudiera plantear. La violencia de mi reacción me sigue asombrando hoy, y en aquel momento no habría sido capaz de hablar como voy a hacerlo ahora. Me parecía que era como si me preguntaran si era una niña o un niño, si el cielo era azul, si los pájaros cantaban cuando llovía.

Mi madre estaba en mí, yo estaba en ella, y eso no le importaba a nadie. Juntos formábamos parte del orden del mundo, del planeta o incluso del cosmos, no solo de lo que existía y podía dejar de existir, sino de lo que era. Representábamos el ser sin el cual solo reina la nada. Tenía unos ocho años y generalmente buenas notas en redacción. En aquel ejercicio me pusieron un 2 sobre 20 por haberme atrevido a juzgar la pregunta que se me hacía y, en definitiva, por tratar al maestro de estúpido.

En mi ciudad, en mi calle, en mi casa, por pequeñas que fueran, estaba lo que los demás llamaban la vida. Pero, cuando lo pienso, había más. Había eso que no tiene principio ni fin y ese orden del mundo cuya perpetuidad solo podía garantizar o justificar un dios.

Acabo de situar el listón muy alto y proseguir en ese nivel me va a resultar difícil. Soy el único superviviente de una familia de once hijos. Ello quiere decir que a lo largo de cerca de treinta años mi madre dio a luz y crió, con una entrega obsesiva, a mis tres hermanas y siete hermanos. También

quiere decir que ya tenía derecho a pensar al menos un poco en ella misma. Pero cinco años después del último hijo, y en contra de la opinión de los médicos, llegué yo sin que nadie me esperara, sin que me desearan y provocando además a la autora de mis días una enfermedad cuyas convulsiones me hacían temblar: la epilepsia. La mención misma de esa enfermedad me angustia hoy. Más tarde supe que tiene sus cartas de nobleza y que, entre otros, Dostoievski y Flaubert fueron víctimas de ella. Pero ninguno de los dos había estado obligado, en su infancia, a asistir al intolerable espectáculo de los ataques.

Todavía recuerdo el nombre de un medicamento indispensable para los epilépticos: el Gardenal. Cuando salía con mi madre, siempre llevaba algunos comprimidos en uno de los bolsillos de mi chaqueta. A pesar de que lograron controlar, o más bien domar, su enfermedad, mi madre sufría de eso que se denomina *ausencias*. De repente se quedaba paralizada, balbuceaba, clavaba en mí una mirada fija, de socorro. Los médicos habían recomendado que se la mantuviera a salvo de las emociones fuertes. Había que ocultarle algunas malas noticias. Era necesario, pues, mentirle. En esa época aprendí algo que me marcó para siempre: que la verdad puede matar. Durante un tiempo, me sentí enfermo como ella, en ella, puesto que formábamos uno. Y, luego, responsable, en los dos sentidos de la palabra. Primero, porque yo era el causante de su dolencia, y más tarde, en la pubertad, porque quería adquirir a toda costa la capacidad de curarla. Uno de mis cuñados era médico y tenía en su casa todos los libros sobre esa enfermedad. Yo los leía a escondidas.

Sin embargo y milagrosamente, entre dos ataques, que por otra parte se iban espaciando, jamás dejó de disfrutar de la vida como nosotros sabíamos hacerlo, es decir, con una confianza inquebrantable, como si a las contrariedades y la ansiedad sucedieran por obligación los momentos de sosiego y alegría. Más adelante sabría que solo los convalecientes conocen lo que es un auténtico momento de vida. Bien es cierto de que existe la inocencia, pero dura poco, y pronto se

ve amenazada. No sé por qué mi madre me hizo compartir, sin decírmelo, esa convicción. Siempre me ha impresionado su sentido de la *compasión*. Esa es la palabra. Había aprendido a sufrir con los demás. Pero vivía también como si una especie de fuerza oscura o de justicia inmanente procurara benéficos momentos de respiro a los que salían de la tormenta. Además, tenía una expresión que servía de conjuro: «¡Pobrecillo!». Fuera quien fuera la persona de la que hablábamos, aunque se tratara de un privilegiado, ella se apenaba de antemano por unos sufrimientos que el otro aún no había padecido.

A mi madre le gustaba cantar. Evocaba las operetas de 1900, acompañada por la peluquera que venía cada dos o tres días a retocarle el peinado. No tenía nada de una *Jewish mama*. Nunca intentó retenerme, impedir que me fuera o venirse conmigo. Creía que lo que de ella había en mí debía volar hacia el espacio abierto; y el alba, cumplir sus promesas. Me decía: «Te irás. No debes quedarte en este agujero». Curiosamente, entonces me parecía normal. Si me iba, cuando me fuera, la llevaría en mí.

He contado en otra parte<sup>1</sup> la emoción que me embargaba, a primera hora de la mañana, en la época en que compartía la habitación con mis padres porque en la casa no había sitio. Mi madre se levantaba con cuidado creyendo que no me despertaba, entreabría las persianas, se ponía un chal y rezaba implorando a su dios que protegiera a todos los suyos. Aún suena en mis oídos esa cantata susurrada.

No era corriente que le hiciera preguntas, pero un día, tras su oración, la vi muy triste. Me dijo, como si fuera una catástrofe, que algo terrible había ocurrido en nuestra azotea. Yo me esperaba lo peor. Y efectivamente había ocurrido lo peor para ella: los vecinos habían decidido levantar dos pisos impidiendo así la visión del fastuoso espectáculo del paisaje montañoso, ese lugar mágico del Atlas Telliano que domina las llanuras de la Mitidja. La vista de esa montaña

1. Véase *Le refuge et la Source*, Grasset, 1977.

marcaba en todas las estaciones el ritmo de nuestra vida. En primer lugar, porque en una esquina de la azotea se encontraba el lavadero donde, durante la ceremonia de la colada, se lavaban las inmensas sábanas que luego se tendían en alambres, y el aroma del jabón penetraba por todos los rincones de la casa. En segundo, porque en ella podíamos jugar al fútbol o dormir al sereno, en las noches tropicales, poniendo los colchones sobre el suelo de baldosín. Todos los años, durante las dos primeras semanas de febrero, esperábamos que las cimas del Chréa se cubrieran de nieve. Para nosotros era una fiesta y un motivo de orgullo. No esperar la nieve, no verla, era sencillamente inconcebible.

En realidad, mi madre solo pensaba en mi padre, que subía a la azotea para fumar su único pitillo del día. Era un momento de felicidad para él y ahora le iban a despojar de esa dicha sencilla y profunda. «La vida ya no será lo mismo para tu padre, me dijo mi madre.» No solo para él, pero él, a sus ojos y a los nuestros, lo merecía más que nadie. Subí a la azotea con ella y era como si el cielo hubiera desaparecido, como si el sol ya no calentara, como si nos hubieran echado mal de ojo. De las azoteas vecinas salían algunos gritos desesperados. De las callejuelas subían las protestas. En el rostro de mi madre asomaron unas lágrimas que nunca había visto, ni siquiera cuando alguno de mis hermanos estaba gravemente enfermo. Y comencé a pensar que Dios debía de ser sordo o sádico si le infligía tales sufrimientos. Creo que por primera vez en mi vida, se me pasó por la cabeza la idea del asesinato. Desde entonces detesto los muros. No he tenido que esperar al de Berlín o de Jerusalén para odiar el modo en que separan o encierran. Sin nuestra vista de las montañas nos encontrábamos en un gueto.

Recobramos el espacio y el sol, la luz y la liberación, el día en que descubrimos que yo era un poco más alto que ella y bailamos juntos, como era costumbre en la fiesta nacional del 14 de julio o al final de la Semana Santa, en un bosque a la orilla del mar. Estábamos celebrando la Pascua en la que se tomaba la Muna, una especie de roscón judeo-español,

cuando, mientras bailaba con ella, la oí decir que sabía que me iría primero a Argel y luego al fin del mundo. Había estallado la guerra. Y eso fue lo que hice. Estando en Tripolitania recibí de mi hermana pequeña la prueba de amor más conmovedora desde que existen las cartas de amor. Me decía que, tras haber estado hablando de mí, mi madre había concluido así la conversación: «Cuando Jean vuelva, ya no tendremos derecho a ser desgraciadas».

Y cuando volví, reinó la felicidad en estado puro. Después, cada vez que yo regresaba, ella se sentía más fuerte, más luminosa, más resplandeciente. Sobre todo, estaba orgullosa. No de en lo que me había convertido, pues en realidad le interesaba muy poco y no lo comprendía bien. Estaba orgullosa de que los demás me vieran cerca de ella y de volver a ser, en suma, ella misma. Más tarde, durante la guerra de Argelia, jamás mencionó nada de lo que le decían los vecinos cuando denunciaban la posición que yo había tomado. Hace poco me he enterado de que los míos habían recibido incluso amenazas de muerte. Probablemente, mi madre, que lo ignoraba, no tenía más que un miedo secreto: el del momento en que me volviera a ir. Yo sabía que dudaba si su sufrimiento al verme partir no era mayor que su alegría al verme regresar.

Al pensar en ello, me he preguntado si yo no hubiera podido hacer algo más en la vida que procurarle esa plenitud. Me justificaba pensando que ella siempre me había animado a que me fuera, a separarme de ella. Pero lo único que lograba consolarme era la idea de que, aunque no había realizado los grandes logros que ella deseaba para mí, me había rodeado de unos seres que a ella le habrían gustado.

Con el tiempo, me he preguntado si no somos también responsables de la felicidad que procuramos a los demás, aunque ya no podamos compartirla. Hoy, se consideran clásicos los textos sobre la madre de Romain Gary y de Albert Cohen. Son importantes testimonios porque ambos escritores se avergonzaron de haberse avergonzado de sus madres. Y porque a menudo les asaltaba el miedo a sentir esa ver-

güenza. Eso es algo de lo que yo me he librado. Siempre he estado orgulloso de mi madre.

Lo único que lamento es no haber estado junto a ella para cerrarle los ojos cuando murió. Me habían herido e intentaba sobrevivir en un hospital mientras a ella la vida la abandonaba. No puedo decir que la llorara. No recuerdo haber estado especialmente desgarrado. Quizá yo había sobrevivido para ella. Lo que se llevaba de mí, al irse, me había permitido sobrevivir. Lo que me dejaba de ella no me abandonaría jamás.